

no conoce, el de Gobernación, Sr. Dávila, no está en Madrid, según afirman los periódicos, sino que viaja de incógnito para fastidiarle á él y hacerle caer en falta; de suerte que apenas divisa un viajero grueso y de aspecto de portero mayor de cualquier Ministerio, ya le está suplicando que se manifieste francamente Bernabé, rompiendo el incógnito en que hubiese permanecido toda la vida, á no ser amigo del general López Domínguez. Es muy posible, caballero, que á usted le haya tomado por Dávila.

—¿A mí por Dávila? ¿Dávila yo? ¿Pero usted sabe lo que está diciendo?

—Dispense usted, los locos tienen lamentables ocurrencias.

—Ni á locos ni á cuerdos les puedo consentir que me tomen por Dávila. Pues no faltaba más. Soy Gedeón, y como usted no ignora ó no debe ignorar, yo todo lo huelo, yo todo lo sé, y Dávila ni huele ni sabe. ¡Es como la del pavo en medio del Gabinete liberal!

Aparte de eso, ¿en qué me parezco yo físicamente á Bernabé? ¿Se me creería á mí escapado del pretil del puente de Segovia? ¿Verdad que no? Pues á él le han visto varias lavanderas madrugadoras saltar del pretil para dirigirse al Ministerio. Su cabeza es la segunda á mano derecha, así como vamos hacia la carretera de Valencia. Si alguna vez va usted á Madrid, allí le encontrará seguramente, de no hallarle en Gobernación. ¡Confundirme á mí con Dávila!

El jefe de la estación de Miranda está efectivamente loco de remate.

Mi amable interlocutor me pidió rendidamente mil perdones, y yo me quedé en el vagón, ¡oh, amado Calínez!, considerando los tristes frutos producidos por el Gabinete López en los meses que lleva de existencia. Todo lo que ha hecho hasta la fecha cabe en la cáscara de un cañamón, y es lo siguiente:

La insignificante chapucilla de la Real orden de Romanones, para buscarle las cosquillas al Nuncio; el convenio con Sitjes, parido á medias por Navarrotreverter y Gullón, como las obras del género chico; el ascenso á duque del marqués de Tovar, que resuelve ciertamente uno de los mayores problemas que trajo al Poder este Gobierno democrático, y que se haya vuelto loco el jefe de la estación de Miranda á fuerza de ver pasar ministros de Madrid á San Sebastián y de San Sebastián á Madrid, como si tuvieran algo que hacer en cualquiera de esos dos puntos.

No es grande, ni mucho menos, la labor realizada por un general que estuvo en Crimea y que causa la admiración y despierta la envidia de varios conocidos señores, por ser el español que ha visto más hombres armados juntos; pero, en fin, cuando venga, si es que viene, su sucesor é inspirador D. Pepe Canalejas, todavía es posible que digamos ¡lo que trabajaba López Domínguez!

De estas reflexiones me sacó un verdadero tumulto que sonaba en uno de los extremos del andén. Me apeé del vagón, y corrí á ver qué sucedía. El jefe, ¡pobrecito loco!, se había empeñado en que era don Bernabé Dávila un boticario de Cuzcurrita, que ha inventado un caldo de pimientos para curar las enfermedades del estómago, y el farmacéutico riojano protestaba á grito herido de tal suposición. Debo decirte que esta vez el jefe estaba á punto de acertar,

pues si el boticario no era D. Bernabé, merecía serlo. ¡No he visto hombre más redondo en mi vida! Y he aquí, Calínez, que mientras yo los apaciguaba, partió el tren, ¡el mío!, dejándome en el andén, compuesto y sin equipaje. Y aquí me tienes, Calínez del alma, por haberme metido entre Dávila y un loco. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuándo llegaré á La Granjal Te abraza, desesperado,

GEDEON



Cancionero gedeónico

Aunque el Gobierno esté ocioso
y aunque se muestre inactivo,
yo creo—y no sin motivo—
que es un Gobierno celoso.

No es que cumpla sus promesas
cuidadoso y diligente,
ni que entusiasme á la gente
con sus fecundas sorpresas;
no es que ejerza sus funciones
con prisas exageradas,
ni que al darnos las charadas
presente las soluciones...

¡Que á estos demócratas finos,
cuyo papel nos condele,
fáltales el *trop de zèle*,
que dicen nuestros vecinos!

¡Ay...! ¡D: ese celo que invoco,
ya que á estos socios escucho,
no les pido el *trop*—que es mucho—
les demando el *peu*—que es poco!

Mas aun faltando esas cosas
por olvido de los cielos,
muestra el Gobierno sus celos...
¡Que están sus gentes celosas...!

Celoso Gullón (don Pío),
y por celoso irritado,
contra don Juan ha gritado,
trufando un poco el estío...

¡Celoso acudió á la liza
con presteza meritoria,
disputándole la gloria
del convenio con Suiza!

Celoso fué á la contienda
don Juan, hurtando con gracia
el ¡vival á la Diplomacia
para dárselo á la Hacienda.

Celoso está el buen Jimeno
de los triunfos de ahí al lado;
celoso vive Alvarado
que hace poco y nada bueno...

Celoso de sus rivales
para aspirar á la herencia,
luce el conde con urgencia
sus proyectos radicales;

y por su cuenta trabaja
dándose un tono y un pisto...
(y eso que—según se ha visto—
le hacemos una rebaja).

Celoso de estos recursos
que explotan los personajes,
Manolín se da á los viajes
con músicas y discursos...

Dávila, triste y lloroso,
se retuerce en su despacho

CARTAS DE GEDEÓN



Miranda, 6 de Septiembre de 1906.

ESPANTOSO SUCESO EN MIRANDA. EL JEFE DE ESTACIÓN LOCO. PROTESTAS DE GEDEÓN DE QUE LE TOMEN POR D. BERNABÉ DÁVILA

Querido Calínez: Con el terrible laconismo propio del telégrafo y de las grandes emociones, voy á referirte una tremenda desgracia, en la cual he intervenido, no como espectador simple, á la manera de D. Bernabé en el Gobierno, sino como personaje y hasta como víctima.

Volvía yo de Hendaya, camino de Segovia, para dirigirme ¡por fin! á La Granja, donde me espera, como tú sabes, la corteza del árbol en que he de grabar mi corazón atravesado, y desde la ventanilla del vagón contemplaba el ir y venir de viajeros, mozos, vendedores y empleados en la estación de Miranda, fumándome, por cierto, un puro infumable que me regaló Dato en agradecimiento á mi interviú y que era de la misma vitola que sus reformas sociales, cuando veo que un señor con gorra galoneada y levita negra en buen uso, se para en el andén frente á mí, y me grita:

—¡Perdóneme V. E.! ¡Perdóneme V. E.!

¿De qué tendría yo que perdonar á aquel señor y por qué me daba un tratamiento que no tengo?

He ahí, Calínez, dos dudas que me asaltaron á un tiempo mismo, como Navarrorreverter y D. Pío Gullón hicieron, según parece, el convenio con Sitges (antes Suiza).

En cuanto al tratamiento, no teniéndolo yo, es muy natural que él me lo dizra, pues nunca he podido comprender que el que tiene usía, *verbi-gratia*, le den usía sobre usía en todas partes, y á quien no le tiene, y por ende lo necesita más, no; ¿pero y el perdón? ¿Por qué, ó de qué le iba á perdonar? ¿Por llevar gorra con galones? ¿Por hablarme desde el andén? ¿O acaso le habían hecho título con perdón, en alguna hornada heráldica reciente, y él se lo pedía á todo el mundo?

Total, Calínez, que algo confundido y extrañado, le dije desde la ventanilla:

—Explíquese usted, señor.

Y él me respondió inclinándose:

—Con permiso de V. E., señor ministro.

Si ves entonces mi cara, Calínez, no volvemos á ser amigos; tan feo debí de ponerme á consecuencia del mote. ¡Nada, como si me hubieran hecho ministro en Lisboa, igual que á Valdeterrazo!

—¿Pero de dónde saca usted, desgraciado, que yo sea ministro?—le grité con voz colérica.—Me ha visto usted, acaso, hacer aguas, como Gasset; meterme en los charcos, como Alvarado, ó colarme por el ojo de una aguja, igual que Romanones? ¿Ministro yo? ¿En qué le he faltado á usted, caballero, para que me insulte de ese modo?

Mis acentos de indignación atrajeron á un empleado que cruzaba por el andén, y subiendo á mi coche me explicó así el terrible caso:

—Ese señor—me dijo—que le saludaba á usted, es el jefe de estación.

—Muy señor mío. ¿Pero por qué se atreve á llamarme ministro? ¿Se figura acaso que viajo como ellos y los *maletas*, sin billete? Aquí está mi kilométrico. Vea usted los retratos: éste soy yo, éste es Calínez. Lo hemos tomado juntos porque mi amigo no sale de Madrid.

—Perdónele usted. No había en el mundo persona más sensata, de carácter más apacible; pero el infeliz se ha vuelto loco.

—¿Loco?

—Como usted lo oye. A fuerza de ver pasar ministros por esta estación, unos camino de San Sebastián y otros de regreso á Madrid, el desdichado jefe ha perdido el juicio.

—¿Qué desgracia tan horrorosa!

—Figúrese usted; pero á cualquiera le hubiese sucedido lo mismo. Desde que comenzó la jornada regia, ó no sé si antes, el pobrecito recibía á cada momento comunicaciones telegráficas como éstas: «En tren 15 pasará Miranda ministro Estado. Preséntese y reciba órdenes.» «En tren 20 pasará presidente Consejo. Preséntese y reciba órdenes.» «En tren 20 pasará ministro Marina. Preséntese y reciba órdenes.» «En tren 11 pasará ministro Hacienda. Preséntese, etc.» Cada día cuatro ó cinco *pasas* de ministros, unos hacia arriba y otros hacia abajo. Total, que nuestro pobre jefe, á fuerza de verles y recibir sus órdenes, comenzó á perturbarse, á decir cosas raras, á torcer los ojos, y hoy le tiene usted completamente trastornado.

—Lo comprendo perfectamente. El desordenado é incesante movimiento ministerial ha producido ya en España incontables casos de locura. De eso se quejaba en reciente interviú D. Andrés Mellado, que fué tres meses ministro y en automóvil.

—A nuestro infeliz jefe le ha dado la extraña manía de creer que ya todos los viajeros son ministros, y por eso, en cuanto ve á alguno, como le vió á usted, asomado á la ventanilla, corre á ofrecerle sus disculpas por no haber acudido con mayor premura á cumplimentarle. También cree, como derivación de la misma manía, que el único ministro á quien aún

BIB
DE MADRID